



ESTUDIO
PRELIMINAR

"AUTOBIOGRAFÍA DE UN HOMBRE SIN HISTORIA"

Serafín J. García brinda, en esta autobiografía, una serie de constancias y reflexiones capaces de iluminar el perfil del hombre y del creador que en él coexisten armoniosamente:

"Nací en un paraje denominado Cañada Grande, en plena campaña del Departamento de Treinta y Tres. Fueron mis padres (Serafín García, minuano, y Sofía Correa, treintaitresina,) pequeños ganaderos establecidos en aquella zona. Contaba apenas tres años de edad cuando mi familia se trasladó a Vergara, pueblo de unos 4.000 habitantes escasos. Allí cursé mis estudios primarios y vi transcurrir mi infancia y mi adolescencia dentro de un marco estrecho y sin perspectivas. A los diez años lavaba frascos y ensobraba drogas en la farmacia local, además de cebarle muchas docenas de mates diarios al patrón, más amigo de la yerba que de las obleas. Tres pesos mensuales era mi sueldo de entonces. Dos años después iniciaba mi aprendizaje de tipógrafo en una imprentita humilde, con dos "burros" y una destartalada máquina a pedal, donde editábase el único periódico lugareño, sostenido a fuerza de siluetas, sociales, charadas y concursos de belleza, amén de la chismografía de rigor. Ya por aquel entonces ofendía a las musas y a la gramática con versos de pretendido acento épico y quejumbrosas elegías de amor, que hicieron lagrimear a más de una solterona romántica. Como solamente habíanme llegado por entonces Miguel de Zévaco, Carolina Invernizio y Ponson du Terrail (en el pueblo los libros eran artículo de lujo), escribía, bajo tales influencias y casi "a la minuta", terribles novelones de intriga y de misterio que tuve la fortuna de destruir a tiempo. No así los versos, que, habiendo logrado "sitio de honor" en la página literaria del periodiquín, pudieron hurtarse a mi implacable autocrítica posterior, aunque disimulados, felizmente, bajo seudónimos rimbombantes."

"Huérfano de padre a los catorce años, y poseído de ese imperioso afán de hombrear que tienen a tal edad los muchachos, campeé a mi albedrío por las zonas más turbias y miserables del pueblo, fraternizando con el oscuro dolor que alimenta boliches, garitos y lupanares. Si creyera en milagros, diría que sólo por obra de uno de ellos no me contaminé. Pude ser tahur de oficio, o "gigoló", o matón, o borracho. Pero escapando a tiempo de semejante mundo, devine escritor."



"En aquella época coseché, sin proponérmelo, el material humano para mi obra futura. Ya entonces empezaba a dolerme, corazón adentro, la tragedia del hombre del pueblo. Ya iba comprendiendo que su destino había sido quebrado o subvertido desde la tierra y no desde los cielos, y que únicamente sus manos serían capaces de construir un mundo nuevo y mejor. Fue de la vida y no del libro que recibí las primeras y más eficaces enseñanzas. Mi conciencia abrió los ojos así, en la cotidiana intimidad del harapo y del callo; en el contacto con los peones de escantancia que iban a gastar en el pueblo sus domingos vacíos; con las campesinas empujadas hacia los prostíbulos por la soledad y el hambre; con los nutrieros sombríos y ensimismados; con los contrabandistas de rumbo hermético y pecho solidario; con los troperos endurecidos de escarcha y áspetros de sol; con los monteadores de cernudos brazos y de espaldas curvas; con los pacientes y bonachones pescadores de río; con los hombres abúlicos y terrosos, de cara y sueño gastados en las largas rondas nocturnas, junto a los hornos de ladrillo o carbón."

"A los diez y seis años aprendía solfeo y soplaba el bombardino en una banda civil tan heterogénea, de tal modo reñida con la eufonía, que algún chusco ingenioso llegó a motejarla de "velorio vacuno".

"A los diez y nueve, y sin perjuicio de las tareas de ayudante de Rematador Público que entonces desempeñaba, hice una fugaz incursión en el periodismo, publicando un semanario que se llamaba nada menos que "La Prensa", y del que era a la vez director, redactor único, administrador, repartidor y cobrador."

"Gorki y Andreiev, Romain Rolland y Barbusse eran a la sazón los guías de mi espíritu, Después, aprovechando la oportunidad que me ofrecía mi cargo de bibliotecario en el Club Social lugareño, pude leer y releer a mis anchas los clásicos españoles, además de otros muchos autores famosos de diversos orígenes. Pero quienes más profunda huella dejaron en mi alma fueron aquellos escritores en quienes estaban vivas la presencia y la verdad del hombre y de la tierra."

"Ya franqueados los veinte años, el apremio económico me llevó a la ciudad de Treinta y Tres, donde me ató a un empleillo burocrático de mala muerte. Allí formé mi hogar con Blanca Elma González, esposa y compañera ejemplar, que me ayudó y me alentó siempre, así en los buenos como en los malos trances que la vida nos depara a todos. Junto a esa mujer "con algo de maíz humanizado", como dije de ella alguna vez, aprendí a querer y a entender la Naturaleza y su constante prodigio vital, que aún admiramos y admiraremos mientras tengamos ojos para ver y corazón para sentir lo hermoso de esta aventura impar que es la existencia humana."

"Después de seis años de residencia en la capital olimareña, el buen suceso editorial de "Tacuruses" nos trajo a ambos a Montevideo, donde estamos radicados desde 1936, y donde el destino me ha permitido realizar el resto de mi obra literaria."